

Así hablaba el bandolero, harto de su oficio, cuando el viajero le preguntó por qué no se dedicaba á otro.

—Eso quisiera yo, y mis compañeros también; pero como nos persiguen y nos matarian si nos acercásemos á un pueblo, hay que seguir en esta vida.

El viajero, que era hombre de influencia, reflexionó un rato y preguntó al ladrón si aceptaría el indulto. Contestó el otro que sí, y entonces aquél replicó:

—Pues bien; me encargo de alcanzar el indulto si me dejan ustedes en libertad.

—Así sea; ahí tiene usted un caballo y dinero para ir á Madrid y un pase para que mis compañeros no le detengan. En tal parte le esperaremos con sus compañeros, á quienes hemos de tratar lo mejor posible.

El hombre fué á Madrid, alcanzó el indulto y volvió á buscar á sus compañeros de infortunio, á quienes encontró tranquilamente sentados con los secuestradores, atracándose de jamón y echando tragos de Valdepeñas, robado expresamente para ellos. ¡Delicadísimo obsequio! Estaban cantando muy divertidos, y más gana tenían de meterse á ladrones que de volver á Madrid; pero el capitán de la cuadrilla les soltó un severo sermón, y todos juntos echaron á andar, cogidos del brazo, á la ciudad, donde fueron recibidos con entusiasmo, porque malhechores cogidos por los viajeros constituyen un espectáculo raro y curioso.

## X

**Toledo.—El Alcázar.—La catedral.—Nuestra Señora.—San Juan de los Reyes.—La sinagoga.—El baño de Florinda.—El hospital.—Las espadas toledanas.**

A pesar de una temperatura de treinta grados y de las horripilantes historias de facciosos y bandoleros, emprendimos osadamente el camino de Toledo, ciudad de las buenas espadas y las dagas románticas.

Toledo es antiquísima ciudad, una de las más viejas del mundo, según los cronistas. Los más moderados dicen que se fundó antes del diluvio (¿y por qué no en tiempo de los reyes preadamitas, algunos años antes de la creación del mundo?) Otros atribuyen á Tubal el honor de haberle puesto la primera piedra, cuáles á los griegos, quiénes á Telmón y Bruto, cónsules romanos, y varios á los judíos que entraron en España con Nabucodonosor, fundándose en la etimología de Toledo, que procede de *Toledoth*, voz hebrea que significa generaciones, porque las doce tribus contribuyeron á fundarla y á poblarla.

Sea de ello lo que fuere, Toledo es, en realidad, ciudad vieja, situada á doce leguas de Madrid. Se va en calesín ó en diligencia, que sale dos veces á la semana, y se prefiere este último medio como más seguro, porque en España, como antes en



Francia, hay que hacer testamento antes de emprender un viaje. Exagerado debe de ser este terror á los ladrones, porque en una larga peregrinación por las provincias que se creen más peligrosas, nada vimos que justificara ese pánico.

Se sale de Madrid por la puerta y puente de Toledo, lleno de volutas, estatuas y otros adornos de mediano gusto, pero de efecto majestuoso; se deja Carabanchel á la derecha y se entra, por detestable camino, en una llanura polvorienta é interminable, cubierta de trigos, cuyo color amarillo pálido hace aún aparecer más monótono el paisaje. No lo varían más que algunas cruces de mal agüero, que extienden de trecho en trecho los descarnados brazos, algunos campanarios en lontananza y algún barranco atravesado por un puente. De cuando en cuando se encuentra á un aldeano montado en un mulo y cargado con una carabina, ó á un muchacho arreando un par de borricos.

Almorzamos en Illescas, pueblo en el cual se conservan huellas de construcciones moriscas, y cuyas casas tienen ventanas con rejas muy complicadas. El almuerzo consistió en sopas de ajo, tortilla de tomate, almendras tostadas y naranjas, regado todo ello con vino de Valdepeñas, bastante bueno, aunque con sabor á pez. La cocina no es lo mejor de España, y no han mejorado las ventas desde el tiempo de Don Quijote; siguen siendo realistas las pinturas de tortillas con pelos, pescados coriáceos, aceite rancio y garbanzos que pudieran servir de balas. Lo que no sé dónde se encontrarían hoy son las gallinas y los gansos monstruosos de las bodas de Camacho.

En medio de una nube de polvo levantado por las mulas, entramos en Toledo, jadeantes de sed y llenos de curiosidad, por una magnífica puerta

árabe, con pilares de granito y llena de versículos del Alcorán. Llámase la Puerta del Sol y se perfila admirablemente en la limpidez del cielo. En los climas nebulosos nuestros es imposible formarse idea de aquella violencia de color, y siempre parecerá exagerado cuanto se diga de ello.

Pasada la Puerta del Sol, se sale á un terraplén, desde el cual se divisa extenso panorama. Se descubre la vega llena de árboles y cultivos, que deben su frescura al sistema de riego traído por los moros. El Tajo, atravesado por el puente de San Martín y el de Alcántara, arrastra rápidamente sus amarillentas ondas y envuelve casi completamente en sus repliegues la ciudad.

Lo que más prisa nos corría era buscar una fonda ó parador cualquiera, y nos llevaron por calles estrechísimas á la Fonda del Caballero, una de las mejores de la población. Acudiendo allí al poco español que sabíamos y con auxilio de mímica expresiva, logramos convencer á la huéspedea de que nos moríamos de hambre, cosa que parece siempre asombrar á los españoles, los cuales, como los camaleones, se alimentan económicamente de aire y de sol.

Empezó á menearse toda la servidumbre, se pusieron á la lumbre los innumerables pucherillos en que se destilan y subliman los guisados de la cocina española, y se nos prometió una comida para dentro de una hora, tiempo que aprovechamos para examinar más minuciosamente la fonda.

Era hermoso edificio, bastante antiguo, con un patio enlosado con mármol de color en forma de mosaico, adornado con pozo de mármol blanco. Estos patios suelen estar rodeados de soportales, con un surtidor en el centro. Un toldo de lona, que se recoge por la noche para que entre el fresco,



sirve de techo. En torno del patio, á la altura del primer piso, corre una galería con barandilla de hierro, artísticamente trabajada, á la cual dan las puertas y ventanas de las habitaciones, donde sólo se entra para vestirse, comer ó dormir. El resto del día se pasa en el patio, que se adorna con flores y arbustos.

No fué mala la comida, consistente en chuletas, huevos con tomate, pollos y truchas del Tajo, con una botella de vino Peralta, cálido y con un aroma de moscatel muy agradable.

Terminada la comida, nos echamos á correr la ciudad precedidos de un guía. Muy estrechas son las calles, y los vecinos de una acera pueden dar la mano por las ventanas á los de la otra. Tan poca anchura arrancará lamentaciones á los partidarios de la civilización, que sólo sueñan con plazas inmensas, anchos *squares*, calles desmesuradas y otros embellecimientos más ó menos progresivos, pero nada más natural que hacer estrechas las calles con un clima tórrido. Dentro de los canalillos abiertos en las manzanas de casas se disfruta sombra y frescura deliciosas, se circula á cubierto entre las ramificaciones y porosidades del polípero humano llamado ciudad, las cucharadas de plomo derretido que derrama Febo desde lo alto del cielo se evitan, y los aleros de los tejados sirven de sombrillas.

Si por desgracia hay que pasar por alguna plazuela ó calle ancha expuesta á los rayos caniculares, pronto se aprecia la prudencia de los antepasados, que no lo sacrificaban todo á una estúpida regularidad. Parecen las losás aquellas chapas de metal candente en que los titiriteros hacen bailar á pavos y gansos: los pobres perros, que no tienen zapatos ni alpargatas, las atraviesan á la carrera

lanzando aullidos lastimeros. Quema los dedos al levantar el aldabón de una puerta; hierve el seso dentro del cráneo como una cazuela puesta á la lumbre, la piel se tuesta, el cuerpo todo se evapora en sudor.

Las casas de Toledo presentan severo é imponente aspecto; tienen pocas ventanas, y éstas con rejas. Los portales, adornados con pilares de granito azulado, ofrecen apariencias sólida y maciza, aumentada por los enormes clavos que los salpican. Aquellas casas tienen algo de convento, de fortaleza y hasta de harén, puesto que los moros pasaron por allí. Algunas, por caprichoso contraste, están pintadas exteriormente al fresco y al temple, con guirnaldas, rocallas, medallones, amorcillos y todo el fárrago mitológico del siglo pasado.

A través de una inextricable red de callejuelas, por las cuales mi compañero y yo íbamos uno en pos de otro, llegamos al Alcázar, situado á manera de acrópolis en lo más alto de la ciudad, y entramos en él después de parlamentar no poco, porque lo primero que se les ocurre á los guardas es negar la entrada hasta que, enseñándole la sacrosanta peseta ó el radiante duro, se acaba por conseguir lo solicitado.

El Alcázar, edificado sobre las ruinas del antiguo palacio árabe, está ya arruinado también; lo construyó Covarrubias, artista poco conocido y superior al pesado Herrera, cuya fama no es muy merecida.

La fachada, adornada con los más puros arabescos del Renacimiento, es obra maestra de nobleza y elegancia. El ardiente sol de España, que colorea el mármol, dando azafranados tonos á la piedra, la ha revestido con matices ricos y vigoroso-



sos, bien distintos de la lepra negra con que cubren los siglos nuestros edificios viejos. El tiempo ha pasado una mano inteligente por las aristas del mármol, por los contornos harto rígidos, y ha dado á tan flexible escultura el toque final. Me acuerdo de una escalera de mágica elegancia con columnas, baranda y peldaños de mármol medio rotos, que acaba en una puerta asomada á un abismo, porque aquella parte del edificio se derrumbó. Aquella admirable escalera, digna de un rey, y que no sirve para nada, tiene algo raro y prestigioso.

Propúsome mi compañero que nos fuéramos á bajar al Tajo. Bañarse es acto extraño en un país donde en verano se riega el cauce de los ríos con agua de pozo, pero como el guía nos aseguró que el Tajo es un río formal y bastante húmedo, bajamos á toda prisa del Alcázar y nos fuimos hacia el río.

Después de atravesar la plaza de la Constitución, pasamos por debajo de una hermosa puerta árabe y llegamos por un camino tortuoso y áspero (que serpentea á lo largo de los peñascos y murallas que circunvalan á Toledo) al puente de Alcántara, junto al cual había un sitio á propósito para el baño.

Durante el trayecto, la noche, que sucede al día tan rápidamente en los climas meridionales, se nos había echado encima, lo cual no fué obstáculo para que entrásemos en el río á tientas. Tomado el baño, nos volvimos apresuradamente para llegar antes de que cerraran las puertas; tomamos un vaso de horchata de chufas y de exquisita leche helada y regresamos á la fonda.

Nuestra habitación, como todas las españolas, estaba encalada y adornada con cuadros amari-

lentos, con chafarrinones místicos, tan abundantes en la Península, el país donde hay más cuadros malos; claro es que también los hay muy buenos.

Dormimos lo mejor posible para despertarnos temprano al otro día y ver la catedral antes de empezar los oficios.

Pasa con razón la catedral de Toledo por una de las más ricas y hermosas de España. Su origen se pierde en la noche de los tiempos, y algunos autores españoles afirman que pertenece á la época en que el apóstol Santiago era obispo de Toledo, el cual indicó el lugar de la construcción á su discípulo y sucesor Elpidio, ermitaño del Monte Carmelo. Elpidio mandó edificar en el sitio designado una iglesia que puso bajo la advocación de Santa María. No fué ingrata la Virgen, y bajó, según la leyenda, en cuerpo y alma á visitar la iglesia de Toledo, llevando con sus propias manos al bienaventurado San Ildefonso una hermosa casulla de *tela del cielo*. La casulla existe, y en el muro se ve empotrada la piedra donde se posó la planta divina, cuya huella conserva aún. La siguiente inscripción atestigua el milagro:

Quando la reina del cielo  
puso los pies en el suelo,  
en esta piedra los puso.

La leyenda sigue narrando que á la Virgen le pareció tan bien la estatua, la encontró tan proporcionada y tan parecida, que la besó y le comunicó la facultad de hacer milagros. Si á la reina de los ángeles se le antojara bajar hoy á nuestras iglesias, se me figura que no entraría en ganas de besar sus imágenes.

San Eugenio mandó embellecer y agrandar la iglesia, pero en el año 302 el prefecto Daciano dis-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 MONTREY, MEXICO



puso que el templo fuera demolido y arrasado. En tiempo del padre de Constantino, el arzobispo Melancio volvió á hacer edificar la iglesia, que luego fué mezquita, cuando la dominación de los árabes; volvió á ser templo cristiano cuando reconquistó don Alfonso VI á Toledo, y fué reformada en tiempo del rey San Fernando.

El exterior de la catedral de Toledo es mucho menos rico que el de la de Burgos; no tiene arabescos ni estatuas en las portadas; en cambio la parte interior está esculpida y trabajada como una gruta de estalactitas.

La puerta por donde entramos es de bronce y tiene la siguiente inscripción: *Antonio Zurreno, del arte de oro y plata, faciebat esta media puerta.* Cinco naves se reparten la iglesia: la catedral es de desmesurada altura y las otras parece que bajan la cabeza y se arrodillan delante de ella en señal de respeto y adoración; ochenta y ocho pilares gruesos como torres, y compuestos cada uno de diez y seis columnas unidas entre sí, sostienen la nave enorme del edificio; una nave transversal corta la principal entre el coro y el altar mayor, y forma los brazos de la cruz. Toda esta arquitectura es del estilo más homogéneo y más completo, mérito raro en las catedrales góticas. El plan primitivo se ejecutó de punta á cabo. Las vidrieras en que resplandecen esmeraldas, zafiros y rubíes, tamizan una claridad suave y misteriosa que lleva al éxtasis religioso, y cuando el sol pica con exceso, las persianas conservan esa semiobscuridad que convierte las iglesias de España en lugares tan favorables al recogimiento y á la oración.

El altar mayor solo podría pasar por una iglesia: es un enorme conjunto de columnillas, hornacinas, estatuas y arabescos, del cual no podría dar

idea la más minuciosa descripción. Todo aquello está pintado y dorado con asombrosa riqueza. Los tonos cálidos del antiguo dorado hacen resaltar espléndidamente los destellos que lanzan los relieves de los adornos y producen efectos admirables. Las pinturas con fondo de oro valen tanto por la riqueza del color como los más brillantes lienzos venecianos. Esta unión del color con las formas severas y casi hieráticas del arte en la Edad Media, se encuentra muy pocas veces.

Frente al altar mayor se encuentra el coro, según costumbre española, y se compone de tres filas de sillas de madera esculpida, labrada y calada de manera maravillosa, con bajorrelieves históricos, alegóricos y sagrados. El arte gótico, al confinar con el Renacimiento, no ha producido nada más puro y perfecto. Se atribuye esta obra á los pacientes cincelos de Felipe de Borgoña y de Berruguete. La silla del arzobispo, más elevada que las otras, está dispuesta en forma de trono y ocupa la parte central; columnas de jaspe coronan aquel minucioso trabajo, y por encima se yerguen figuras de alabastro, de los mismos autores, pero de factura más flexible y más libre, de admirable elegancia. Enormes pupitres de bronce con gigantescos misales, grandes esteras y dos órganos de dimensiones colosales, uno frente á otro, completan el conjunto.

Detrás del retablo hay una capilla donde están enterrados don Alvaro de Luna y su mujer en dos magníficos sepulcros de alabastro. Los muros están adornados con el escudo del condestable y conchas de la orden de Santiago, cuyo gran maestro era. Muy cerca, en la bóveda del trascoro, se ve una piedra con una inscripción fúnebre: es la de un hidalgo toledano, cuyo orgullo se indignaba ante



la idea de que pisara su tumba gente de menor guisa, y como dijo al morir que no quería que pasaran por encima de su persona los villanos y legaba grandes bienes á la iglesia, se satisfizo su capricho, metiendo su cuerpo en la mampostería de la bóveda, donde seguramente no irá á pisotearle nadie.

Visitamos ahora la capilla muzárabe, que está adornada con muy interesantes frescos góticos, cuyo asunto forman los combates entre toledanos y moros: están perfectamente conservados y parece que han sido pintados la vispera. Un arqueólogo encontraría allí mil datos curiosos de armas, trajes y arquitectura, porque el fresco principal es una vista de la antigua Toledo, que debe de ser de gran exactitud. En los frescos laterales están pintados con muchos pormenores los navios que los árabes trajeron á España. Un hombre experto en tales materias podría sacar de ellos noticias útiles para la embrollada historia de la marina en la Edad Media. Las armas de Toledo, cinco estrellas de sable en campo de plata, se repiten varias veces en la capilla, cerrada según moda española por una verja hermosamente trabajada.

Di una vuelta por el claustro, á cuyas hermosas masas de verdor (á las cuales conserva fresca la sombra de la iglesia) sirven de marco arcos elegantes y severos. Las paredes del claustro están cubiertas de inmensos frescos pintados por Bayeu; estas composiciones, de agradable colorido, no casan con el estilo del monumento, y deben de haber sustituido á pinturas antiguas, estropeadas por el tiempo, ó que parecieron demasiado góticas á la gente de buen gusto de aquel tiempo. En los países religiosos, la catedral es el sitio más adornado, más rico, más dorado y más florido. Allí

están la sombra más fresca y la paz más profunda. La música es mejor que en el teatro y la pompa del espectáculo no tiene rival. Los católicos del Norte, con nuestros templos volterianos, no tenemos idea del lujo, elegancia y comodidad de las iglesias españolas.

Las sacristías y salas capitulares de la catedral de Toledo son de una magnificencia más que regia; nada hay más noble ni más pintoresco que aquellas salas, decoradas con el lujo sólido y severo cuyo secreto guarda la Iglesia. No intentaré describir las suntuosidades que contiene: hablaré solamente de unos frescos que representan ornatos religiosos según el estilo alemán (que han imitado muy bien los españoles) atribuidos á Berruguete, porque aquellos prodigiosos genios recorrian á un tiempo la triple carrera del arte. Y citaré también un techo de Lucas Jordán, donde hormiguea todo un mundo de ángeles y alegorías, con las más atrevidas actitudes en escorzo, y que presenta un singular efecto de óptica. Del centro de la bóveda brota un rayo de luz que, aunque pintado sobre una superficie plana, parece que cae perpendicularmente sobre la cabeza del espectador, donde quiera que éste se halle.

Allí se guarda el tesoro, ó sean las hermosas capas de brocado, tela de oro ó damascos de plata; encajes maravillosos, urnas de plata sobredorada, custodias de diamantes, gigantescos candeleros de plata, banderas bordadas, todos los accesorios y material para la representación del sublime drama católico llamado misa.

En un armario está la ropa de la Virgen; las estatuas frías de mármol ó de alabastro no bastan á la devoción apasionada de los meridionales. En su piadoso arrebató, amontonan sobre el objeto de



su culto ornamentos de extravagante riqueza; todo se les figura poco hermoso y brillante y nada les importa que bajo aquel cúmulo de pedrería desaparezcan fondo y forma. El caso es que sea materialmente imposible colgar una perla más en las orejas de mármol del ídolo, engastar otro diamante en el oro de la corona ó extender otro ramaje de pedrería por el brocado de su vestido.

No hubo reina antigua, ni aun Cleopatra, que bebía perlas, ni emperatriz del Bajo Imperio, ni duquesa de la Edad Media, ni cortesana de Venecia en tiempos del Tiziano, que poseyera joyas más deslumbrantes, ajuar más rico que Nuestra Señora de Toledo; nos enseñaron algunos vestidos suyos; uno de ellos está cubierto completamente de ramos y arabescos de perlas finas, con varios hilos de perlas negras rarísimas. Soles y estrellas de pedrería resplandecen en el vestido prodigioso, cuyo brillo apenas pueden tolerar los ojos, y que vale muchos millones.

Acabamos nuestras visitas con una ascensión al campanario, al cual se llega por una serie de escaleras muy pendientes y de aspecto poco tranquilizador, pero el panorama que se descubre desde lo alto del campanario recompensa ampliamente la fatiga de la ascensión. Las rocas de granito azul que encierran el Tajo y cercan una parte del horizonte toledano, hacen más singular el paisaje, inundado de una luz cruda, implacable, cegadora, que reverbera en un cielo sin nubes, casi blanco á fuerza de calor, como el hierro en la fragua.

El calor era atroz, y verdaderamente hacía falta una endiablada curiosidad para no renunciar á toda exploración de monumentos con aquella temperatura senegalesca, pero aun conservábamos el ardor feroz de viajeros parisienses ansiosos de color

local. Nada nos arredraba; sólo nos parábamos para beber, pues estábamos más sedientos que la arena de Africa, y absorbíamos el agua como esponjas secas. No sé cómo no nos volvimos hidrópicos, porque, sin contar el vino y los helados, nos bebíamos siete ú ocho jarros de agua al día. ¡Agua! ¡agua! Tal era nuestro grito constante, y una cadena de muchachas, transportando jarros de mano en mano desde la cocina á nuestro cuarto, bastaba apenas para extinguir el incendio. A no ser por la obstinada inundación, habríamos caído hechos polvo, como los modelos de arcilla de los escultores cuando éstos se olvidan de mojarlos.

San Juan de los Reyes está situado á la orilla del Tajo, cerca del puente de San Martín; sus paredes tienen el hermoso color anaranjado que ostentan los monumentos antiguos en los climas donde nunca llueve. Una colección de estatuas de reyes, de nobles actitudes y de apostura altiva, decoran el exterior; pero no es eso lo más notable de San Juan, puesto que todas las iglesias de la Edad Media están pobladas de estatuas. Una porción de cadenas colgadas de ganchos guarnece los muros de arriba abajo; son los grillos de los cautivos cristianos libertados por la conquista de Granada, y esas cadenas suspendidas á manera de *ex voto* dan á la iglesia cierta traza de cárcel extraña.

Entramos en un claustro revestido de una elegancia admirable; esbeltas columnas sostenían en sus capiteles floridos arcos de extrema delicadeza: en las paredes hay largas inscripciones laudatorias de Isabel y Fernando en caracteres góticos mezclados con florones y arabescos, imitación cristiana de los versículos y sentencias del Alcorán empleados por los moros como ornamento arquitectónico. ¡Lástima que esté abandonado tan precioso monumento!



Dando puntapiés á puertas de goznes enmohecidos obstruidas por escombros, conseguimos meternos en la iglesia, que es de estilo encantador, y parece, salvo algunas mutilaciones violentas, haber sido acabada ayer. El arte gótico no ha producido nada más suave, más elegante, más fino. Circula en torno una tribuna que suspende el atrevido balconaje en los pilares, cuyas sinuosidades y relieves sigue exactamente. Aguilas, quimeras, animales heráldicos, blasones, banderolas é inscripciones emblemáticas como las del claustro, completan la decoración. El altar mayor, que debía de ser obra maestra de escultura y pintura, está derruido.

Subiendo por una escalera medio hecha pedazos, penetramos en lo interior del convento. El refectorio es bastante vasto y no tiene de particular más que una espantable pintura colocada encima de la puerta. Representa un cadáver ya descompuesto, con los horribles pormenores tan á gusto tratados por los pintores españoles. Una inscripción fúnebre y simbólica, una amenazadora sentencia bíblica de las que dirigen á la nada humana tan terribles advertencias, está escrita debajo del cuadro sepulcral, extrañamente elegido para su refectorio. No sé si serán ciertas todas las historias referentes á la glotonería de los frailes, pero lo que es yo poco apetito tendría en un comedor con semejantes adornos.

Más arriba, á cada lado de un pasillo largo, están colocadas como los alvéolos de un panal las celdas desiertas de los frailes desaparecidos, iguales unas á otras y blanqueadas. El interior de la iglesia y el claustro están blanqueados también, lo cual les da un aspecto nuevo y reciente, que contrasta con el estilo de la arquitectura y el estado del edificio. La falta de humedad y el ardor

de la temperatura no han permitido á plantas ni á hierbajos germinar en los intersticios de piedras y escombros; estos residuos no tienen el verde manto de hiedra con que viste el tiempo las ruinas en los países del Norte. Mucho anduvimos por el edificio abandonado, siguiendo interminables corredores, subiendo y bajando escaleras peligrosas, á modo de héroes de Ana Radcliffe, pero no vimos más fantasmas que dos pobres lagartos que salieron escapados. Ese paseo por las venas y los miembros de una gran construcción sin vida es uno de los placeres más vivos que pueden imaginarse. Cree uno que va á encontrar á un fraile de reluciente calva y los ojos llenos de sombra, cruzando gravemente los brazos sobre el pecho, y dirigiéndose á algunos oficios misteriosos en la iglesia profanada y desierta.

A poca distancia de San Juan se encuentra, ó mejor dicho, no se encuentra la sinagoga, porque á no llevar un guía, se pasará veinte veces por delante de ella sin sospechar su existencia. Nuestro guía llamó á una puerta practicada en un muro de tierra rojiza; vinieron á abrir y nos preguntaron si queríamos ver la sinagoga, y al contestar afirmativamente, nos introdujeron en una especie de patio lleno de vegetaciones incultas. En el fondo se alzaba una casucha sin carácter, que más parecía una granja que otra cosa. Allí entramos y nunca sentimos mayor sorpresa. Estamos en pleno Oriente: columnas delgadas con capiteles ensanchados como turbantes, arcos de herradura, techos con rosetones de cedro, luz cenital, nada faltaba. Aquella sinagoga, que los árabes convirtieron en mezquita y en iglesia los cristianos, sirve hoy de taller y de alojamiento á un carpintero. Los judíos de Toledo, probablemente para amenguar el horror



que inspiraban á las poblaciones cristianas como deicidas, aseguraban que no habían consentido la muerte de Jesucristo, porque cuando Jesús fué juzgado, el consejo de los sacerdotes, presidido por Caifás, envió á consultar á las tribus sobre la absolución ó condena de Cristo, y la sinagoga de Toledo votó lo primero, de modo que no están éstos manchados con la sangre del Justo y no merecen la execración como los otros judíos que votaron contra el Hijo de Dios. Dícese que el original de la respuesta de los judíos de Toledo, con una traducción latina del texto hebreo, se conserva en los archivos del Vaticano. Por eso se les permitió construir aquella sinagoga.

Nos habían hablado de las ruinas de una antigua quinta de recreo moruna, el palacio de Galiana: allí fuimos al salir de la sinagoga, á pesar del cansancio, porque el tiempo apremiaba y debíamos regresar á Madrid al día siguiente.

Enorme montón de ladrillos rojizos esboza un desportillado contorno detrás del follaje de los árboles; es el palacio de Galiana.

Entramos por una puerta baja en aquel montón de escombros, habitados por una familia de aldeanos. No se puede imaginar nada más negro, más ahumado, más cavernoso, más sucio. Alojados como príncipes están los trogloditas en comparación con aquella gente, y sin embargo, la encantadora Galiana, la hermosa mora de ojos teñidos y traje de brocado con perlas, puso sus piececitos en aquel pavimento hundido; se asomó á aquella ventana, mirando á lo lejos, en la vega, lanzar el *djerid* á los jinetes moros.

Continuamos valientemente nuestra exploración, subiendo escaleras vacilantes, agarrándonos á las matas de hierba seca que colgaban de los mu-

ros, y llegados á lo más alto, observamos un extraño fenómeno: habíamos entrado con pantalones blancos y llevábamos pantalones negros, pero de un negro movedizo y hormigueante; estábamos cubiertos de pulguitas imperceptibles que se habían precipitado sobre nosotros en compactos enjambres, atraídas por la frialdad de nuestra sangre septentrional. Nunca habría creído que hubiera en el mundo tanta pulga.

Algunas tuberías de las que llevaban el agua á las estufas son los únicos vestigios de magnificencia perdonados por el tiempo. Desaparecieron los mosaicos de cristal y loza esmaltada, las columnillas marmóreas de capiteles cubiertos de dorados, esculturas y versículos del Alcorán, los estanques de alabastro. No quedan más que la armazón de las paredes maestras y montones de ladrillos que se hacen polvo, porque esos maravillosos edificios, que recuerdan las hechicerías de las *Mil y una noches*, están contruidos con ladrillos y cubiertos de una capa de estuco y cal. Ni encajes ni arabescos están, como se cree vulgarmente, tallados en mármol, sino moldeados en yeso, lo cual permite reproducirlos hasta lo infinito sin mucho gasto. Toda la conservadora sequía del clima español se necesita para que monumentos edificados con materiales tan frágiles hayan llegado hasta nosotros.

Llevamos directamente al Tajo, que no andaba lejos, las pulgas de la princesa Galiana, para librarlos de ellas, empleando el mismo sistema que los zorros, que se meten en el agua hasta el hocico, llevando entre los dientes un pedazo de corteza, que dejan á merced de la corriente cuando ya tiene bastante tripulación, porque los infernales animalitos, progresivamente perseguidos por las ondas, se refugian y amontonan allí. Pido á las lectoras



que me dispensen esta particularidad picaresca, que estaría más en su lugar en la vida del Lazari-  
llo de Tormes ó de Guzmán de Alfarache; pero no  
estaría completo sin ella el viaje á España, y espe-  
ro que me absuelvan en consideración al color  
local.

Llegados al lugar donde había de verificarse  
el acto de ahogar á los bichos, me puse á nadar  
lo mejor posible para ser digno de un río tan cé-  
lebre y respetable como el Tajo, y á las pocas bra-  
zadas llegué á unas construcciones derrumbadas  
y restos de mampostería informes que sólo se alza-  
ban algunos pies sobre el nivel del río. A la orilla  
se erguía una torre arruinada, de cuya cimbra col-  
gaban ropas colocadas allí prosaicamente para se-  
carse por algunas lavanderas.

Sencillemente estaba yo en el baño de la Cava,  
y la torre de enfrente era la del rey don Rodrigo.  
Desde una ventana de ésta espiaba el rey, oculto  
detrás de una cortina, á las muchachas, y vió á la  
hermosa Florinda cuando comparaba sus brazos  
con los de sus compañeras para ver quién los tenía  
más redondos y mejor hechos. Si Florinda hubiera  
estado mal formada, los árabes no habrían entrado  
en España, pero desgraciadamente ocurrió lo con-  
trario; Rodrigo se enamoró de la imprudente ba-  
ñista y la sedujo. El conde don Julián, padre de  
Florinda, enfurecido por el ultraje, hizo traición á  
su patria para vengarse, llamó á los moros, Rodri-  
go perdió la famosa batalla de que habla tanto el  
*Romancero*, y pereció miserablemente en un ataúd  
lleno de reptiles, donde se había echado para hacer  
penitencia. La hermosa Florinda cargó con la exe-  
cración de toda España. También fué idea del de-  
monio ir á hacer un baño para muchachas delante  
de la torre de un rey joven.

El Hospital del Cardenal es un edificio grande,  
de proporciones amplias y severas, cuya descrip-  
ción sería muy prolija. Atravesamos rápidamente  
el patio rodeado de arcos y columnas y entramos  
en la iglesia para examinar el sepulcro del carden-  
al, ejecutado en mármol blanco por aquel prodi-  
gioso Berruguete, que vivió más de ochenta años,  
dejando á su patria cubierta de obras maestras de  
estilo siempre vario y de perfección siempre igual.  
El cardenal está echado en la tumba, con traje  
pontifical; la muerte le ha afilado la nariz y la  
contracción suprema de los músculos, queriendo  
detener el alma pronta á escaparse, le encogió la  
boca y le alargó la barbilla. Nunca fué más sinies-  
tramente fiel la mascarilla aplicada á un cadáver,  
y sin embargo tal es la belleza del trabajo, que se  
olvida lo repulsivo del espectáculo. Niños en po-  
suras desconsoladas sostienen el plinto y el blasón  
del cardenal.

Desde el Hospital fuimos á la fábrica de armas,  
vasto edificio simétrico y de buen gusto, fundado  
por Carlos III, cuyo nombre se encuentra en todos  
los monumentos de utilidad pública; está muy cer-  
quita del Tajo, cuyas aguas sirven para templar  
los aceros y mueven las ruedas de las máquinas.  
Los talleres ocupan los costados de un gran patio  
rodeado de pórticos, como casi todos los de Espa-  
ña. Aquí se calienta el hierro, allí se machaca,  
acullá se temple. En una sala están las piedras de  
afilarse, en otra se fabrican puños y vainas. No lle-  
varé más lejos esta investigación, que nada de par-  
ticular enseñaría á los lectores; diré únicamente  
que para la fabricación de esas hojas tan célebres  
se aprovechan las herraduras viejas de caballos y  
de mulos, recogidas con mucho cuidado.

Para convencernos de que los aceros merecen



aún su fama, nos llevaron á la sala de pruebas: un obrero de aventajada estatura y fuerza colosal cogió una hoja de las más ordinarias, un sable recto de caballería, lo clavó en una masa de plomo fijo en la pared, dobló la hoja en todos sentidos como si fuera un junquillo, de modo que casi se juntaron el puño y la punta: el acero, elástico y flexible, soportó la prueba sin romperse. En seguida el trabajador se colocó delante de un yunque y le aplicó tajo tan bien dado, que la hoja entró en aquél más de media pulgada.

Las hojas toledanas valen hoy, por lo tanto, lo mismo que antes; no se perdió el secreto del temple, pero sí el de la forma. A las obras modernas no les falta más que esa frusilería, tan despreciada por cierta gente, para resistir la comparación con las antiguas. Una espada moderna es una herramienta; una espada del siglo XVI era herramienta y joya á un tiempo.

Pensábamos encontrar en Toledo dagas, puñales, montantes y estoques de otros tiempos, de los que se colocan á modo de panoplia en las paredes, y con este fin habíamos aprendido de memoria los nombres de los sesenta armeros de Toledo recogidos por Aquiles Jubinal, pero no se presentó la ocasión de alardear de mi ciencia, porque ni se encuentran espadas en Toledo, ni cuero en Córdoba, ni ostras en Ostende, ni pasteles de hígado de ganso en Estrasburgo.

Nos enseñaron los restos del anfiteatro romano y de la naumaquia, que tienen toda la traza de un campo labrado, lo mismo que casi todas las ruinas romanas.

Las murallas de Toledo son de un admirable efecto pintoresco: las construcciones casan muy bien con las asperezas del terreno, y es difícil decir

dónde acaba la roca y empieza el murallón. Todas las civilizaciones han puesto mano en ellas: hay lienzos romanos, torres góticas y adarves árabes. Toda la parte que se extiende desde la puerta Cambrón á la puerta Bisagra, adonde probablemente llegaría la vía romana, fué construida por el rey Wamba. Cada piedra tiene su historia, y si quisiera contarlas todas, este capítulo se convertiría en tomo; pero no sale de mis atribuciones de viajero el hablar otra vez de la noble figura de Toledo, sentada en trono de rocas, con cinturón de torres y diadema de iglesias; no puede imaginarse perfil más severo ni más firme, revestido de más rico color ni que más fielmente conserve la fisonomía de la Edad Media. Más de una hora lo contemplé queriendo saciar mis ojos y grabar en el fondo de mi memoria el contorno de la admirable perspectiva. La noche se echó encima muy pronto y fuimos á acostarnos, porque teníamos que salir á la una de la madrugada para evitar los excesivos calores. A media noche llegó puntualmente nuestro calesero y nos acomodamos, en estado de sonambulismo, en los almohadones del carricoche. Los espantosos vaivenes causados por el empedrado de Toledo nos despertaron lo bastante para disfrutar del espectáculo fantástico de la caravana nocturna. El coche, de ruedas grandes y coloradas, de caja extravagante, parecía que iba hendiendo olas de casas que se cerraban detrás de él. Un sereno con las piernas al aire, con zaragüelles y el pañuelo vistoso de los valencianos, iba delante de nosotros llevando en la punta del chuzo un farol cuyas vacilantes claridades producían juegos de luz y sombra dignas de Rembrandt. No se oía más ruido que el de los cascabeles de las mulas y el crujir de los ejes.



Delante de la puerta de la ciudad, cerrada todavía, lo cual nos hizo aguardar dos horas, estaba el suelo sembrado de gente dormida que roncaba en todos los tonos posibles, porque la calle es la única alcoba donde no haya bichos, y para entrar en otra se necesita toda la resignación de un *fakir* de la India. Al fin se abrió la endemoniada puerta y volvimos á tomar el camino por donde habíamos ido á Toledo.

## X

**Procesión del Corpus en Madrid.—Aranjuez.—Ocaña.—Tembleque.—Manzanares.—La Carolina.—Bailén.—Jaén.—Granada.—La Alameda.—La Alhambra.—El Generalife.—El Albaicín.—Los gitanos.—La Cartuja.—Mulhacen.**

Teníamos que pasar por Madrid para ir á Granada, porque si esperábamos la diligencia en Aranjuez nos exponíamos á encontrarla llena.

Nuestro guía había tenido la previsión de hacer salir la víspera por la noche una mula que debía esperarnos á mitad de camino, para relevar á la enganchada á nuestro coche, y á no ser por esa precaución no habríamos podido llegar en el día á Madrid por el intolerable calor de aquella carretera polvorienta y sin sombra.

Llegamos á Illescas medio cocidos y deseando acabar aquel camino, que no tenía más novedad para nosotros que la de recorrerlo en sentido inverso.

Mi compañero se echó á dormir, y yo, más familiarizado con la cocina española, me apercibí á disputar mi comida á innumerables enjambres de moscas. La hija de la mesonera, linda niña de doce ó trece años, de ojos árabes, estaba de pie junto á mí, espantando, con un abanico en una mano y un plumero en la otra, á los importunos insectos, que volvían á la carga más tenaces y ruidosos que